

INDIOS KOREGUAJES

Por: ALFONSO CASTRO VEJARANO

*Artículo del Boletín de la
Sociedad Geográfica de Colombia
Números 73-74-75 Y 76, Volumen XX
Primero y segundo semestres de 1962*

La selva desde el aire da la impresión de compactación, dura a los ojos y de "techo" nivelado. Desde tierra se comprueba que esa impresión física tiene su razón de ser porque los árboles se levantan casi a una misma altura y forman una espesa bóveda vegetal que impide ver el cielo. Las copas de las ramas se entrelazan creando un fondo oscuro, una especie de paraje submarino alucinante, frío, húmedo, donde el hombre apenas puede caminar sobre las gruesas capas de las hojas caídas de los troncos putrefactos del piso anegadizo. Diríase que el hombre se mueve allí con el paso torpe y vacilante de los buzos. En tan boscosas regiones solamente es factible guiarse u orientarse por el curso de las quebradas que conducen a los ríos. En contraste con ese mundo inhospitalario, negro y laberíntico, hay otra selva: la de "techo" flojo, de árboles pequeños, esparcidos, de terreno alto. Para el aborigen dicho espacio soleado es su imperio; su último refugio de libertad.

Allí conocí un hombre llamado Piranga el Viejo; hombre de lana enjuta, ojos de buho y de cuerpo largo como una raíz. Era el cacique de la tribu de los Koreguajes, grupo racial que aún existe abajo del río Ortegua. Está compuesto por gentes laboriosas y profundamente tradicionalistas. Antiguamente fueron terribles guerreros y todavía acostumbran perforarse las narices y las orejas en la misma forma que sus antepasados lo acostumbraron para atemorizar al enemigo.

Su espíritu combativo se aprecia en sus danzas de ritmo acompasado con tambores o "manguarés", de movimientos violentos, brazoteo, embates con la cabeza y gritos agudos y prolongados. El empleo de la lanza de madera con punta de hueso de pescado, la flecha envenenada con "curare", los dardos

finos proyectados con la "cerbatana", silenciosos y casi invisibles, dieron a los Koreguajes fama en las guerrillas selváticas.

La vivienda de estos aborígenes es amplia, limpia, ventilada. Cada familia habita su propia "choza" de techo de palma hábilmente entretejida. Duermen individualmente en sus hamacas de fibra de "cumare" tan finas y tan sutiles en su fabricación que dan la sensación de que el cuerpo estuviera suspendido en el aire.

Al pie de las hamacas extienden brillantes esterillas para las noches de amor. Poseen el sentimiento de que el trabajo es una función alegre. Van a sus "chacras" y regresan de ellas cantando. La mujer sale al encuentro de los varones y celebra con canciones su regreso al hogar. Sus cánticos son una preciosa y meticulosa narración de la vida de los animales salvajes. Los hombres evocan en ellas hazañas de cacería con el tigre o con la danta, mientras las mujeres y los niños rememoran el vuelo de los pájaros o el de las mariposas.

En sus habitaciones pueden apreciarse delicadas obras de alfarería pintadas con tonos rojos o negros. Su vestimenta consta de una corteza dúctil alrededor de la cintura. En lo referente a adornos masculinos, los hombres anudan a la altura de los biceps tallos de hojas aromáticas. El cacique es el único que emplea un collar de dientes de tigre para resaltar su categoría de hombre valeroso y de jefe supremo. Las mujeres, cuando están de novias, se distinguen porque se pintan los dientes con una tintura negra.

El nacimiento está rodeado de misterio y de hondo silencio. La mujer, cuando presiente que el advenimiento está próximo, se retira a un lugar recóndito de la selva. La partera es la única persona que vigila y espera desde lejos. Al grito de angustia de la madre acude presurosa y entonces van a buscar el agua de la fuente más cercana. Allí la madre sumerge los pies a la criatura y luego sus propios pies adultos. ¿Será acaso una acción simbólica de que la madre vivirá unida al hijo a través de todos los caminos de la existencia?

Hay un hecho de importancia y que hasta ahora había pasado desapercibido: un día en que recorríamos las chozas de la tribu encontramos unos viejos remos con los dibujos del sol y de la luna. Nos dimos a pensar entonces si la costumbre de los Koreguajes de arrancarse totalmente los pelos de las cejas podría tener íntima relación con un culto al sol.

Averiguando al respecto. Piranga confirmó nuestra teoría al manifestarnos que la tribu había recibido de sus antepasados la tradición de que del connubio de la luna y del sol nació el hombre. ¿Era una supervivencia religiosa?

También en los dibujos faciales que exhiben en sus rostros los Koreguajes (círculos y rayas en los pómulos y en las mejillas) hemos creído descubrir la imagen desfigurada del sol.

Acerca del tema religioso existen asimismo otros datos muy importantes. Algunos viajeros han conceptualizado, muy a la ligera, que los caciques preparan y beben el "yagé" por mero placer o vicio. De conformidad con las averiguaciones hechas sobre el terreno, los Koreguajes estiman que dicha planta posee altos poderes mágicos. Para ellos es una planta sagrada que solamente el cacique en su condición de jefe supremo y sacerdote de la tribu puede tocar, cortar y preparar.

Existe la creencia local de que si otro miembro de la tribu o una persona extraña a ella ve la planta o pasa siquiera junto a ella, el bejuco pierde en el acto todas sus virtudes mágicas. En consecuencia, cuando el cacique proyecta actuar se separa totalmente del grupo y en completa soledad da comienzo al rito correspondiente. En primer lugar toma una dosis que produce un efecto altamente purgativo. Parece, pues, que el rito impone que el oferente debe tener limpio el estómago para la ceremonia. En segundo término, el cacique exorciza el agua y el fuego y sopla fuertemente a los cuatro puntos cardinales.

En cuanto a la fórmula de la bebida resulta difícil descubrir el secreto de su composición. Lo único que se sabe es que la base de la bebida es el "yagé", una especie de liana o bejuco que adquiere un gran desarrollo y que el cacique somete a una prolongada cocción en un recipiente especial, el cual destroza al terminar el acto. En el Alto Amazonas se conoce la planta con los nombres de .. ayahuasca" y de "soga de muerto". Este antiguo nombre de "soga de muerto" nos induce a pensar que los aborígenes utilizan el "yagé" para provocar un sueño evocador con el espíritu de sus antepasados; un lazo de unión una atadura para comunicarse con ellos a fin de orientarse en su tremenda soledad. Piranga nos dio a entender que en el sueño artificial veía "caras amigas" y "caras enemigas"; que él acogía la "voz" amable de las primeras y que rechazaba la visión amenazante de las segundas abanicándose con una hoja de perfume muy penetrante.

En el hombre de la selva, en mayor grado que en el hombre de la ciudad, la inquietud del ataque, de la traición se acentúa y se hace casi una obsesión. El sueño artificial con el "yagé" parece, pues, que

SOCIEDAD GEOGRÁFICA DE COLOMBIA
ACADEMIA DE CIENCIAS GEOGRÁFICAS
www.sogeocol.edu.co

es un recurso tranquilizador. Puede ser la búsqueda de la inspiración, del consejo extraordinario que ilumine ante el misterio o ante la desesperanza.

